

Ortega y Gasset, desde dentro

Ignacio Ellacuría S. J.

Le pido a usted un Goethe desde dentro.
¿Desde dentro de quién? ¿De Goethe? Pero...
¿quién es Goethe? (1)

Este artículo es, en el estilo de su enfoque, similar al publicado en el número anterior de esta revista. (2) Tiene, como él, apariencias de preámbulo que rehuye el entrar en materia. Pienso que se trata tan sólo de apariencias; allí se insinuaba cómo Ortega es representante del mundo de ayer y, consecuentemente, integrante del mundo de hoy. Al intentar la comprobación del aserto con el carácter especial que correspondía a la índole del artículo, se planteaba, en cifra, al ser y el valer de Ortega de dos modos: uno que recogía testimonios competentes y significativos; otro que enunciaba aspectos, mejor, los sugería, dibujando a grandes rasgos el por qué de su actualidad.

Asimismo estas líneas tendrán apariencias introductorias ya que no he hallado método mejor para entrar con tino y mesura en la obra de este escritor. Al crítico no le es dificultoso ensartar consideraciones técnicas sobre una obra filosófica o literaria. Sí se le hace muy cuesta arriba revivir al hombre que juzga, crear el ambiente fuera del cual todo juicio es vacío y estéril.

Si, a su vez, logran estos párrafos responder a la triple cuestión que su título plantea: I.—El sentido del “desde dentro”. II.—La necesidad de juzgar a Ortega “desde dentro”. III.—Crítica y valorización de esa interioridad, tendremos abierta, en el primer apartado, una claraboya a la filosofía de Ortega; en el segundo, una visión de conjunto sobre su persona, en el tercero, los fundamentos y la orientación de una crítica.

I.—El sentido del desde dentro.

Cuando Ortega postulaba un Goethe desde dentro, (IV, 395-419) necesitaba, ante todo, responderse a una doble cuestión: una que intentase fijar la referencia de esa interioridad, esto es, el alcance y los grados, el sentido y la perspectiva, el punto exclusivo en el autor estudiado y en el lector

(1) J. Ortega y Gasset. Obra: Obras Completas. Rev. de Occidente. 1ª Ed. T. IV., p. 399.
(2) Ortega y Gasset: Hombre de Nuestro Ayer. ECA, 1956, 198 ss.

estudiante desde el que es factible una intelección perfecta; otra que formulase una fundamental pregunta ontológica, la de **quién es quién**, quien es la persona, el sujeto que llamamos **nuestra vida**, el que la hace y es su protagonista. No se trata de preguntarnos **qué cosa soy yo**, sino más radicalmente **quién es ese yo**.

Desde 1914 en su primer libro, **Meditaciones del Quijote**, había quedado estampada la frase famosa en la que se ha querido ver el arranque de una nueva filosofía de la persona humana: **"Yo soy yo y mi circunstancia, y si no la salvo a ella no me salvo yo."** (I, 332). Este pensamiento, potenciado y reelaborado con la presencia de **Ser y Tiempo** de Heidegger, es el que compendia su doctrina sobre el yo, sobre la **realidad radical** que es para cada quien su vida.

"Yo no soy mi cuerpo, tampoco soy mi alma. No soy cosa ninguna." A lo largo de todo el pensamiento orteguiano se repite el repudio a conceptos fijos, de cosas estables e impávidas. Yo soy mi vida, y mi vida no es puramente mi yo entendido en el sentido consuetudinario sino que es el yo y las cosas, cosas que forman mi circunstancia: **"Usted no es cosa ninguna, es simplemente el que tiene que vivir con las cosas, entre las cosas."** IV, 400. Cada uno es un ser futuro que tiene que realizarse. **"Y la vida es constitutivamente un drama, porque es la lucha frenética con las cosas... por conseguir ser de hecho el que somos en proyecto."** (Ib.) El proyecto, no se olvide, que constituye nuestro auténtico ser, el que se debe ser. **"Esta unidad de dinamismo dramático entre ambos elementos —yo y el mundo— es la vida."** (Ib.)

Claro está que si nuestro yo es en gran parte un futuro y una ontológica vocación a la que podemos traicionar convirtiéndonos entonces en seres inauténticos, en existencias desdibujadas, urge saber ese nuestro destino para esforzarnos en su busca implacablemente. Surgen así las dos cuestiones más trascendentales de toda biografía: **"La primera consiste en determinar cuál era la vocación vital del biografiado... La segunda cuestión es aquilatar la fidelidad del hombre a ese su destino singular... Esto nos permite determinar la dosis de autenticidad de su vida efectiva... punto de vista que es el verdaderamente interior."** IV, 401-402.

Ese proyecto de ser se descubre por la circunstancia, tal como es en sí y tal como en el interior se aparece, porque esa circunstancia que es uno de los elementos de la vida total se presenta como el horizonte vital a cuyas posibilidades necesitamos atenernos. **"Siendo, pues, la vida en su sustancia misma circunstancial, es evidente que, aunque creamos lo contrario, todo lo que hacemos lo hacemos en vista de las circunstancias."** VI, 348. Poco antes: **"mi vida consiste en que yo me encuentro forzado a existir en una circunstancia determinada."** (Ib.) (3)

Por tanto, con una primera aproximación, conocemos ya dónde debemos adentrarnos; en un complejo dinámico de dos realidades que pretende un modo auténtico de ser establecido de antemano inexorablemente.

II.—Necesidad de juzgar a Ortega "desde dentro".

Ortega se ha quejado repetidamente de que no se le ha entendido porque sus lectores no se han **adentrado** en su vida y en su obra. **"No hay, pues,**

(3) El Tomo VI está citado por la 3ª edición de las Obras Completas. El texto transcrito no niega la libertad sino el indeterminismo.

grandes probabilidades de que una obra como la mía... muy entretejida con toda una trayectoria vital, encuentre el ánimo generoso que se afane, de verdad, en entenderla." VI, 347. "Entonces tengo la impresión de que no me ha leído a fondo casi nadie, ni los amigos más próximos." IV, 287. Falta en su estudio una peculiar profundidad: la interioridad, interés por el secreto de lo que fué su vida. VI, 343-347

No anda desacertado Ortega en esta exigencia de interioridad, en este anhelo de conjugar la intimidad de toda existencia con el proyecto de ser a que cada vida tiende. Hace poco, en un estudio sobre San Ignacio, hablaba M. Iriarte de "Un doble encuentro decisivo para Ignacio. (4): el avistamiento de su destino y el descubrimiento de su intimidad."

No hay otro modo de entender cabalmente una vida y un pensamiento: la obra de cualquier pensador, mucho más si es artista y escritor, al ser expresión intelectual de una vida personal, necesita beneficiarse con el estudio de la persona que lo estructuró. Aun en caso tan notorio de despersonalización, de atención objetiva a lo fijo y universal, como el de la Summa Theológica de Santo Tomás, aconseja Grabmann para entenderla e interpretarla, un conocimiento profundo de la personalidad, las ideas y los sentimientos del Aquinate.

Es que todo enunciado intelectual posee una doble vertiente: un contenido objetivo y una actitud subjetiva, esto es, formula un juicio cuya falsedad o verdad formal es independiente de las condiciones personales de quien lo profesa; mas es, al mismo tiempo, reacción de un hombre concreto ante un problema que se le suscitó en un instante preciso de la existencia. Es urgente integrar ambos sentidos, ante todo, en busca de la recta profundización del aspecto objetivo del juicio, después para fecundar los espléndidos valores humanos de la filosofía.

Esto es válido en autores que profesan filosofías menos existenciales y subjetivas porque aun en ellos es menester preguntarse por el motivo de sus preferencias en este modo de filosofar y no en otro, en la atención de unas realidades descuidando otras, en la elección de acercarse a ellas, en el estilo de la sistematización...

Sin embargo, es obvio, que este razonamiento eleva su exponente de eficacia en el caso de Ortega y su obra, —la hablada, escrita ejecutada o dirigida,— tan entreverada con la trayectoria de su vida, preocupada de ser **símisma**, actualísima y circunstancial, original y distinta. En raras ocasiones nos tocará enfrentarnos con un mutuo influjo tan notable entre un pensamiento filosófico y una vida. Su pensamiento no es sino un constante bracear por descubrir el logos vital de su existencia y un esforzarse por lograr revivir en su expresión el sentido penetrante de tan cálidas vivencias. Toda su filosofía está referida al yo y a la circunstancia, primeramente al yo que Ortega era y a la circunstancia que personalmente le oprimía.

Para él, además, la filosofía nace de una sensación radical ante el mundo, sensación propia de cada uno a la que se debe ser fiel: "lo que pudiera llamarse "sentimiento metafísico", o sea, la impresión radical, última, básica, que tenemos del mundo... El resto de nuestros sentires, pensamientos, querer, se mueve sobre esa actitud primaria..." V, 597. "Además en un

(4) Manresa, N° 106, p.p. 57-70.

sentido muy concreto y riguroso las raíces de la cabeza están en el corazón." VI, 149. Las ideas radican en las creencias y éstas enraizan inmediatamente en un fondo insobornable, agazapado en lo más interior de la vida, que es el sentimiento metafísico. Hasta él, pues, hay que descender para asistir desde tal observatorio al desarrollo orgánico del pensar, sentir, querer y obrar. (5).

En Ortega ese fondo es un afán de vida. Pero vida racional. Un afán de razón, pero de razón viviente. Necesidad de claridad sobre la vida y necesidad de vitalismo sobre todas sus claridades, exasperada forzosidad de vivir, de sentirse vivir bajo el signo de la luz y la razón. **"¡Claridad, claridad, demandan ante todo los tiempos que vienen!** VI, 314. Cuentan que a la hora de morir decía a su esposa: **"Rosa, oriéntame. No veo claro lo que ocurre."** (6). **Necesito vivir de claridades."** III, 45. Recordemos lo que había escrito: **"el aparato que mejor registra la jerarquía de nuestros entusiasmos vitales es precisamente la muerte."** III, 219.

Tan personal e interior es su filosofía que, como en Dilthey, tiene por método fundamental la autognosis, la percatación de sí mismo. Estará coloreada con nuevos matices en el intento de evadir el historicismo relativista y el vitalismo irracionalista, pero la razón viviente y la razón histórica serán fundamentalmente un buceo en los abismos de la propia vida desde la que se sale cargado con ciertas visiones vivenciales formuladas luego lo más vitalmente posible y cuya comprobación se reduce ordinariamente, como al hablar del amor, a pedir que los demás compulsen sus propios fondos para contemplar en ellos las mismas realidades alumbradas por él. Dice del intelectual. **"Se ha pasado la vida mostrando a los demás su última intimidad: lo que piensa, lo que siente del mundo, de las cosas, de los otros hombres, del pretérito, de lo que está pasando, del germinante porvenir"**. V, 509.

Más de una vez atacó al yo compacto de Unamuno que no dejaba ni una estrecha rendija por donde los demás, aunque fuesen Ortega, pudieran introducirse. Paralelamente habría que hablar de la omnipresencia del yo orteguiano en sus escritos en los que apenas hay página donde no se dibuje como patrón y medida su propio yo. Tan es así que nos dice Zubiri cómo las reflexiones de Ortega **"nacieron del mal humor que le producían... el yo absoluto del idealismo y... el imperio tiránico de la razón científica."** (7) Si esas dos ideas fundamentales le causaban verdadero mal humor, se debía a que raspaban en lo más interior y vivo de su alma, allí donde por resortes afectivos saltaban disparadas preocupaciones y ocupaciones.

Aspectos tan vitales en el proceder y en el filosofar, si quieren ser entendidos, exigen un esfuerzo de interiorización, un salto limpio al centro donde aquella vida se originaba. **"Conocer otra vida que no es la nuestra obliga a intentar verla no desde nosotros, sino desde ella misma."** V, 31. La vida no puede ser entendida desde fuera porque entonces no se la estudia en cuanto vida sino en cuanto cosa, objeto, no-vida. IV, 402.

III.—Valoración y crítica

Someramente queda apuntado el sentido del **desde dentro** orteguiano y la forzosidad de adoptarlo en el estudio de su obra. Resta su examen.

(5) *Ideas y Creencias*. V, 379 - 390.

(6) J. A. Caberas, *Crónica de sus últimos días*. Índice, ed. extranjera, V, 85, p. 11.

(7) Ortega, ABC., Ed. aérea. 27 Oct. 55.

Desde luego, este estilo de proceder sobre lo más vivido del yo y sobre lo más punzante de la actualidad circunstante trae consigo logros y calidades de primera importancia: observación inmediata de primera mano, actualidad, vitalismo, matices y detalles nuevos, contenido denso y cálido de las intuiciones, presencia de realidades humanas. No son ya ideas ingeniosamente entrelazadas de un **pensar en hueco**, sino signos vivientes de lo que cada uno lleva consigo aun sin percatarse de ello.

Tal comportamiento trae asimismo limitaciones: el yo y la circunstancia de Ortega no eran absolutos y completos ni eran siquiera punto de mira adecuado de la realidad universal. No lo eran en sí mismos. Menos aún en el uso que de ellos hacía. En partes muy decisivas nos encontramos, como en toda filosofía que no se ha desprendido radicalmente de Kant y del idealismo, con una latente confusión entre el **esse** y el **percipi** agudizaba y complicada hoy por una exigencia de autenticidad sin la que nada alcanza su ser plenario mientras no logre su vivencialidad absoluta. Latente confusión entre el **ser en sí** y el **ser para** mí de las cosas.

Ahora bien, el ser que las cosas manifiestan a una facultad finita no en su **ser total**. Ni siquiera al **reciocinio**. Mucho menos a la inmediata experiencia vital. Sobre eso, Ortega se cerró en horizontes estrictamente finitos: "**A un hombre para quien sólo lo finito existe... la terrible bestia rauda del infinito...**" I, 187. Un día, es verdad, desde una postura filosófica y no religiosa, dió el grito famoso de **Dios a la vista** contra un positivismo miope de primeros y achatados planos. Sin embargo, excesivamente atento a lo suyo de acá abajo, no tuvo tiempo, ilusión ni energía para agujerear el penúltimo extracto de las cosas, aquel que perforado deja patente la abertura del infinito.

Todo lo desventajoso, o ventajoso, que se quiera este reducirse a las propias vivencias para sobre ellas alzar el pensamiento, es un hecho real de la obra orteguiana que nos fuerza a enfocar su vida por dentro y su pensamiento desde el interior de esa vida. Aventura en la interioridad orteguiana que promete ser fecunda. "**El hombre de vida profunda... siente en ese contacto con la viscera de otra existencia humana una formidable incitación... La vida de otro hombre le es un cock-tail, un latigazo para resumergirse animosamente en la suya propia.**" VI, 343-344.

Y este ver desde dentro anula buena parte de la desorientación y confusión que pueden suscitar su persona y su obra, aunque a boyas flotantes en el pensar pueda arrastrar en su corriente. El peligro, en efecto, está muchas veces en la superficie despistante por el prurito de ingeniosidad, novedad o paradoja tras las que se esconde una preocupación seria de incitar inteligencias dormidas; o en presupuestos equívocos cuyo doble sentido se descubre con interior profundización. Aun el otro gran peligro, el de su radical y perpetuo antropocentrismo, el del olvido de la idea de Dios como clave de todo sistema filosófico y de la realidad de Dios como fundamento de toda vida, cobra sentido, un sentido de acusación a su propia autenticidad para quien **desde dentro** atiende a las fuentes de esa postura parcial y partidista, inconsecuente e inauténtica.

Es en ese **desde dentro** donde a Ortega se le entiende, allí donde radica el más genuino sistema orteguiano, el de la continuidad íntima de su actitud ante las cosas siempre una, a pesar de todas las fluctuaciones y de las modas pasajeras que, por su sensibilísima condición, padecía.

Mas este entender a Ortega antes de juzgale y superarle, este confesar que, mirada **desde dentro**, su vida y su obra nos resulta inteligible, no implica la necesidad de plegarnos a su fundamental postura ni a sus resultados. Porque si entender una vida exige instalarse en ella, verla nacer y desarrollarse **desde dentro**, si comprender un pensamiento obliga a penetrar toda la fuerza del discurso, ni lo uno ni lo otro importa el abandono definitivo de nuestra propia vida y doctrina. Al colocarnos lo más realmente posible, en el centro donde actúa el actor de su propia vida, ésta se nos presentará clara, verosímil, razonable y justificada subjetivamente. Pero no tiene por qué parecernos verdadera.

No se debe olvidar nunca que no es lo mismo **ser razonable** que **ser verdadero**, **tener razón** que **tener verdad**. El **tener razón**, cuando se obra con limpidez de conciencia, sin implícitas concesiones a posturas disimuladas, justifica la propia actuación, pero no implica que esa actuación sea conforme con el orden objetivo, tanto en la esfera ética como en la intelectual. Esto último importa **tener verdad**, más aún, **estar en la verdad**.

Es imprescindible medir bien el significado de esta distinción entre lo **razonable** y lo **verdadero**, porque en ella está la clave de nuestra postura frente al estudio de Ortega. La vida humana tiene su unidad. El presente que actualmente transcurre viene condicionado por el pretérito que le antecedió y por el futuro que ya se pretende. En consecuencia, se procede de un modo determinado ahora porque antes se actuó de tal suerte y en este momento se pretende, se quiere, determinada finalidad. No se trata, claro es, de determinismos que nieguen la libertad de indiferencia, sino de reducir el libre albedrío a sus reales fronteras humanas. Pues bien, al interesarnos por lo **razonable** de una vida, intentamos dar con los anillos que unen el instante de ahora y el ser de ese instante con los que pasaron y sobrevendrán, y todos ellos con la persona de quien son triple momento y con su circunstancia. Intentamos asimismo dar con el proyecto total de vida que orienta decisiones y formas de ser particularizadas.

Ahora bien, si ese proyecto fundamental está falsificado, si las decisiones libres no se conforman con la norma **objetiva** de la moralidad, si los presupuestos intelectuales de la estructuración teórica no son **objetivamente** verdaderos, si hay un menosprecio positivo o una actitud absentista del realísimo orden superior que rige el destino histórico de la vida humana, ese proceder humano, aun siendo **razonable** no es **objetivamente** verdadero.

Es **razonable** porque todo ser tiene su **razón suficiente**. Si se trata de la vida y el quehacer humano será una peculiarísima **razón suficiente**, de la que hay que **dar razón**. Esta **razón de ser** de la vida humana es en el interior de esa vida donde hay que encontrarla. Pero esta **razonable vida** puede tener fundamentalísimas **sinrazones**, de las que también hay que **dar razón**, debe ser cotejada con una norma **objetiva**.

No es esto salirse de la vida para estudiarla desde fuera y así no entenderla ya que la norma objetiva tanto en el orden ético como en el lógico está dentro de nosotros. Ni obsta esto a que esa norma inscrita indeleblemente en nuestra más íntima y fija naturaleza, esté, a su vez, fundamentada más arriba, en la esencia divina. La autonomía de la vida humana, tampoco aquí, es absoluta.

El intentar, pues, estudiar a un hombre **desde dentro**, para entenderlo, no impide, antes obliga con mayor urgencia a constatar la vida de ese hombre y su obra con la verdad objetiva que es en cuanto tal, en su consideración formal, una e indivisible, sin paliativos.